

¿Hacia una nueva orientación de la agricultura cubana?*

Pierre Raymond

Profesor de la Facultad de Estudios
Ambientales y Rurales de la Pontificia
Universidad Javeriana e investigador
independiente

OBSERVACIONES PRELIMINARES

HASTA HOY, CUALQUIER PROYECTO DE transformación social liberadora se ha realizado dentro de un marco nacional. Aun en la eventualidad –altamente improbable y, en todo caso, totalmente desprovista de actualidad– de una revolución a escala mundial, cada porción de este mundo, cada nación, cada patria conservaría su especificidad: cultura, historia, costumbres, tipo de formación técnica de sus gentes, condiciones naturales, grado de desarrollo de sus fuerzas productivas, entre otras cosas. Por esta razón, los problemas de esta unidad geográfica, histórica y cultural deberán resolverse en gran parte a nivel de esa misma unidad, teniendo en cuenta, claro está, sus relaciones con el resto de su entorno universal.

Tal fue, y es el caso, de Cuba. Inicialmente, cuando creyó poder definir su futuro en el seno del llamado bloque “socialista”, y aun hoy cuando debe inventar su porvenir en un entorno hostil: hostilidad beligerante de Estados Unidos, larvada enemistad de la mayoría del resto del mundo que rechaza los valores y proyectos del socialismo cubano y busca traerla de vuelta al rebaño más o menos dócil de un tercer mundo sometido a las potencias mundiales.

Este artículo es elaborado por un especialista en la agricultura colombiana y pretende presentar una serie de interrogantes nacidos de un primer contacto con las realidades agrarias cubanas que sirven como punto de partida para una investigación más detallada de éstas.

* Documento elaborado a partir de las reflexiones preliminares a la redacción de un informe sobre la evolución de la agricultura cubana. Conviene agradecer a Rémy Herrera (CNRS, París), Isaac Joshua (Universidad de París-Orsay) y Alain Bunge por sus aportes críticos. Traducido del francés por Juan Carlos Rodríguez Raga.

EVOLUCIÓN DE LA AGRICULTURA CUBANA DESDE LA REVOLUCIÓN HASTA LA CRISIS DE LOS AÑOS NOVENTA

Una economía obstinadamente dominada por el azúcar

La economía rural cubana es heredera de un pasado que sigue pesándole, sin que sea fácil imaginar cuándo podrá finalmente liberarse de él.

Luego de que la población autóctona fuera diezmada, y después de dedicarse a diversas actividades comerciales y estratégicas útiles a sus amos españoles, Cuba comenzó a convertirse en una región realmente azucarera hacia mediados del siglo XVIII, y sólo confirmó plenamente esta orientación con la independencia de Santo Domingo (luego Haití). En ese momento asumió en el mercado azucarero mundial el lugar que ocupaba hasta entonces dicha colonia francesa. En ese proceso, los emigrantes que casi siempre venían de allá con las maletas llenas, tanto de sus utensilios como de sus esclavos, desempeñaron un importante papel.

El azúcar era entonces producido en plantaciones esclavistas. De igual forma, estos latifundios practicaban a menudo la ganadería extensiva, lo que representó para los propietarios la ventaja de asegurarse una presencia en el conjunto de sus dominios con la provisión de carne y sobre todo de cueros, otra de las principales mercancías que Cuba ofrecía al mercado mundial.

Una vez llegado el momento de la más tardía de las independencias americanas, Cuba pasó de una dominación a otra. Desde entonces, la economía cubana, y en particular su producción azucarera, se definió en función de las necesidades de la economía norteamericana, e incluso en parte se halló bajo el control directo de los capitales estadounidenses.

Es así como, en vísperas de la Revolución, el 60% de las tierras cultivadas en Cuba estaban sembradas de caña de azúcar en gigantescos latifundios donde un precario personal asalariado había remplazado la esclavitud que había sido abolida tardíamente. Regresaremos más adelante a la cuestión de la propiedad. Por ahora, limitándonos al azúcar, recordemos que una de las primeras ambiciones de la Revolución fue, desde 1959, sacudirse de este yugo más que centenario. Se elaboraron entonces proyectos de diversificación sobre los cuales regresaremos más adelante.

Sin embargo, las circunstancias, las restricciones del mercado mundial, así como la resistencia de las estructuras heredadas del pasado, se convirtieron rápidamente en obstáculos para esta noble intención. En 1961-1962 empezó una crisis causada por los efectos conjuntos de una sequía prolongada (y Cuba es con frecuencia víctima de este tipo de plaga), de una baja en el precio del azúcar en el mercado mundial, de los errores de neófito que sus dirigentes, jóvenes e inexpertos, no podían evitar, y, sobre todo, de los comienzos

del embargo impuesto por Estados Unidos.

El efecto de este embargo fue decisivo puesto que Cuba se abastecía casi exclusivamente en Estados Unidos. Carburantes, semillas, fertilizantes, máquinas agrícolas, todo venía del cercano norte. Las repercusiones son particularmente pronunciadas en el caso de los equipos mecánicos, ya que pronto comenzaron a faltar las piezas y, desde 1962, un tercio de los tractores del país quedaron inmovilizados.

Esta situación condujo a una crisis del comercio exterior y de la balanza de pagos; la única solución realmente al alcance de los cubanos residía en los ingresos del azúcar. Ciertamente era deseable la diversificación, pero, según explica Fidel, se cometía un error si, por cultivar arroz, se perdiera la posibilidad de plantar caña en la misma superficie, con un rendimiento seis veces mayor que el del arroz. En suma, este razonamiento condujo a privilegiar la producción de azúcar para asegurarse el abastecimiento de alimentos con esos ingresos. Esta argumentación, basada en el poder de compra del azúcar, se vio debilitada por la evolución de los precios de este producto en relación con el de otros productos de base.

Además, el regreso al azúcar fue favorecido por la propuesta de la Unión Soviética de garantizar la compra de este producto, sin límite de duración y a un precio favorable, al abrigo de las fluctuaciones del mercado mundial.

Los dirigentes cubanos concibieron entonces un proyecto de desarrollo a partir de una acumulación de capital basada en los ingresos del azúcar. El país se lanzó a un frenesí azucarero, dándole la espalda al objetivo inicial de la diversificación y dirigiendo sus esfuerzos a la realización de una zafra de diez millones de toneladas en 1970. Se invitó al país a no usar inmediatamente los ingresos del azúcar para mejorar su nivel de consumo, con el fin de poder consagrarlos a la edificación de una base industrial sólida como fundamento de su prosperidad futura.

Lejos de elaborar una estrategia que incluyera un lento desprendimiento del azúcar, ya que era evidente que no podía ser tan rápido como se había esperado inicialmente, el país reforzó, por el contrario, su especialización azucarera. Es así como, en 1982, la superficie dedicada a la caña de azúcar era 30% mayor que la de 1959; el 75% de las tierras cultivadas tenían plantaciones de caña, en comparación con 66% en 1947 y 60% en 1958.

Dado que un mercado libre ejercería una presión en el sentido de una demanda de víveres,

este dominio azucarero tuvo que ser impuesto a la economía para mantenerse. Es ésta una de las razones por las que fue necesario la creación del Plan, y, por consiguiente, la proscripción del mercado.

En ésta, como en muchas otras ocasiones, veremos cómo las circunstancias han permitido un matrimonio entre las necesidades del desarrollo económico –al menos tal como son interpretadas por los dirigentes cubanos– y el marxismo en su versión soviética, al cual se acerca la isla por cuenta de la alianza con la URSS.

Esta producción azucarera se llevó a cabo en las grandes granjas estatales que se construían en este momento de la historia de Cuba, como veremos más adelante. Estas granjas y el azúcar se beneficiaban significativamente del esfuerzo de inversión que realizaba el país en ese momento. Riego, compra de equipos y de insumos, gastos energéticos, todo contribuyó a la expansión azucarera.

Los resultados no estuvieron, empero, a la altura de los esfuerzos realizados. Mientras que la superficie cultivada había aumentado en un 30%, la producción no había crecido más que el 36%, lo que revelaba una progresión muy mediocre de la productividad a pesar de las enormes inversiones realizadas en el sector azucarero. Eso nos remite al problema, tratado más adelante, de las dificultades de las granjas estatales, y nos muestra que la preeminencia del azúcar ha tenido altos costos para Cuba. A pesar de que los programas de diversificación de los primeros años contemplaban el cultivo de la soya, ésta aun hoy debe adquirirse principalmente en los mercados mundiales. Por su parte, el poder de compra del azúcar ha bajado entre 33 y 43% entre 1958 y 1989, en términos de granos de soya o de sus derivados, (aceite, harina, tortas para la fabricación de piensos)¹

El peso del legado del latifundio

Al describir la situación de las plantaciones azucareras hemos mencionado el peso del latifundio en las estructuras agrarias cubanas. Sin entrar en detalles históricos que escaparían del marco de esta exposición, contentémonos con indicar que en 1959 2,8% de los propietarios poseían el 73,3% de las tierras. La pequeña propie-

dad era escasa en Cuba: el censo realizado en 1959 para la puesta en marcha de la reforma agraria no detectó a más que 20.200 propietarios de menos de cinco caballerías (una caballería corresponde a 13,43 hectáreas)², lo cual no reflejaba la situación real, ya que la mayoría de los campesinos no eran siquiera pequeños propietarios sino ocupantes sin título, arrendatarios o aparceros sin contrato.

La Revolución quiebra el monopolio de una ínfima minoría, en gran medida extranjera, sobre las tierras de Cuba. Esto fue lo que a la vez la apartó inmediatamente de Estados Unidos y le garantizó un amplio respaldo popular. Fue además una verdadera reforma agraria, a diferencia de la mayoría de las que conocería América Latina, ya que ésta fue rápida, efectiva, radical, todo esto ligado al hecho de que el poder había cambiado de manos. Por una parte, esta reforma garantizó la propiedad de todos los ocupantes precarios. Por otra, nacionalizó las tierras de los latifundistas, salvo cuando estaban ocupadas por campesinos, lo cual muestra la particularidad de quebrar un monopolio privado para crear un monopolio público.

Esta hibridación, ya mencionada, del marxismo soviético con el marxismo tropical, esta situación fue percibida como una oportunidad bien particular para Cuba. El país podría así realizar más fácilmente su transición hacia la agricultura socialista, al tener como punto de partida una agricultura esencialmente de plantaciones y estancias ganaderas, es decir, un sistema de gran propiedad en el cual bastaría con cambiar el régimen jurídico y la gestión. Para los dirigentes cubanos, la reivindicación de la “tierra para quien la trabaja” no fue más que una etapa hacia la propiedad social de la tierra. Además, no se aplicó sino al campesino sin tierra o al minifundista. El obrero agrícola, por naturaleza, no podía aspirar a las restricciones que representaba un vínculo y una responsabilidad permanentes con un terreno; su atadura al suelo, tenue, menos comprometida, con menos responsabilidad, fue en cierta forma una liberación con respecto a la condición campesina.

Esta reforma agraria tuvo lugar en dos etapas, y en 1963 el balance final fue el siguiente: el 60,1% de las tierras pasaron a ser propiedad del

¹ Véase Figueras Pérez, Miguel Alejandro. *Aspectos estructurales de la economía cubana*. La Habana: Ediciones de Ciencias Sociales, 1994, p. 162.

² Véase Rodríguez, José L. “Agricultural Policy and Development in Cuba”. En: *World Development*. No. 1, Vol.15, 1987, p. 24.

Estado, y el 39,3% restante estaba en manos de campesinos, esto es, 155.000 familias³.

Como hemos visto, fue el Plan el que definió la producción de las granjas estatales. Luego de haber prescrito una diversificación, el Plan cambió de rumbo y orientó todo hacia el azúcar. Los resultados de la producción no retornaban a los trabajadores de estas granjas sino que retorna- ban indirectamente por los beneficios que obtenía el país en su conjunto, por la vía de la acumulación de capital que estos permitían; de hecho, si este retorno se hubiera dado directamente, se hubieran establecido importantes desigualdades entre los trabajadores de las diferentes granjas estatales según su dotación inicial o su tipo de actividad (como en el caso de las granjas de ganadería extensiva, cuyo considerable capital sólo beneficiaría a una pequeña cantidad de obreros).

Para socializar los resultados era necesario que la comercialización fuera llevada a cabo, no por la granja, sino por un organismo del Estado. He ahí una de las razones por las que el comercio fue rápidamente nacionalizado.

Estas granjas del Estado fueron concebidas como una "forma superior de la producción", y abrieron en efecto el camino a una agricultura auténticamente moderna que usaba plenamente los progresos científicos y técnicos, es decir, una agricultura mecanizada, abundante en el uso de insumos agroquímicos. Fidel Castro precisó su concepción sobre este asunto en 1982:

Cuando hablo de formas superiores [de producción], siempre he pensado (...) que la empresa estatal es superior. Me gustó, siempre me ha gustado, la idea de que la agricultura se desarrollara como la industria y de que el obrero agrícola fuera como un obrero industrial. El obrero industrial no es dueño de la industria, ni es dueño de la producción; es dueño como pueblo, como parte del pueblo es dueño de esa industria, como parte del pueblo es dueño de esa producción⁴.

Observemos aquí que la mecanización, en espe-

cial para el corte de caña, aunque resuelve el problema de la falta de mano de obra estacional durante la zafra y alivia el esfuerzo de los hombres, acentuará el éxodo rural y contribuirá a la penuria de los obreros agrícolas que hoy sufre Cuba.

Aunque la reforma agraria hubiera distribuido entre los campesinos las tierras que éstos trabajaban, la Revolución no dio tregua en su esfuerzo por que éstos se integraran a su vez a esta "forma superior de producción". Regresaremos a este punto al abordar la cuestión campesina.

Se estima que estas granjas estatales, para poder hacer rentables las inversiones y para realizar al máximo las economías de escala que se esperaban de ellas, debían ser muy grandes. Se constituyeron mediante la agrupación de varios latifundios. En 1987, median en promedio 17.400 hectáreas. Para dar un ejemplo de su gigantismo, las granjas estatales productoras de arroz median en promedio 23.700 hectáreas, las de ganado 24.865 hectáreas y las de caña de azúcar 13.110 hectáreas⁵. El gigantismo parecía hacer parte de la concepción de modernidad que se había adoptado. Es así como los nuevos ingenios que se construyeron en los años ochenta, dotados de una capacidad de molienda de entre 14.000 y 16.000 toneladas por día, resultarían poco eficaces. Las distancias entre los cortes y los ingenios, y las esperas que debía sufrir la caña, hacían perder a los jugos parte de su sacarosa, sin contar los costos de transporte de la materia prima, tema que adquiriría toda su importancia cuando, después de 1990, aparecieron las penurias energéticas⁶. Este gigantismo también se vio en las fincas lecheras, avícolas y de porcicultura, cuyo funcionamiento dependía además de importaciones masivas de concentrados.

Ahora bien, estas granjas estatales no iban a mostrar su superioridad en los hechos. A pesar de ser durante mucho tiempo las hijas mimadas del régimen, de haberse beneficiado de grandes dotaciones de capital fijo y circulante, al confrontar el aumento de su producción con el de las superficies se podía observar que el mejoramiento de su productividad era simplemente

³ Véase Valdés Paz, Juan. *Procesos agrarios en Cuba, 1959-1995*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997, pp.130-131.

⁴ Discurso de clausura del sexto congreso de la ANAP, 17 de mayo 1982.

⁵ Véase Figuereo Albelo, Víctor M. "Reestructuración del sistema agrario en los noventas: desafíos de la agricultura mixta". En: Monereo, Manuel, et al. *Cuba construyendo futuro*. Madrid: El Viejo Topo, 2000, pp. 157,159.

⁶ En este momento de la evolución del país, el bajo precio de la energía suministrada por la Unión Soviética no permitió que los dirigentes se inquietaran por los aspectos eventualmente negativos del gigantismo agrícola e industrial.

irrisorio. Un estudio muestra que sus tractores trabajaban en promedio 4,7 horas al día, y que una parte de este tiempo de uso correspondía a actividades de transporte⁷. Vale la pena preguntarse también de qué sirvieron las 800.000 toneladas suplementarias anuales de fertilizantes que se utilizaron principalmente en los cañaverales durante los años ochenta, en comparación con los años cincuenta.

Los campesinos asociados en cooperativas de producción de caña, a pesar de disponer de menos medios de producción que las granjas estatales, tenían una productividad superior en los años ochenta⁸. La calidad de los productos también deja mucho que desear. Es así como en 1983, ante los resultados mediocres de las granjas estatales, se decidió entregar el cultivo del tabaco al sector campesino. Y los cítricos cubanos también tuvieron serios problemas de calidad cuando les correspondió enfrentar el mercado mundial después de la pérdida de sus clientes de Europa del Este.

Aún peor, las granjas estatales no llegaron siquiera a producir los salarios distribuidos: debían recibir fuertes subvenciones del Estado para balancear sus presupuestos. El Estado, mediante subsidios, compensó las pérdidas que constituyan la regla en las grandes granjas, castigando así la capacidad de inversión a escala nacional. La irresponsabilidad administrativa y económica no se enfrentó con correctivos de fondo y se hizo moneda corriente. Conviene subrayar que los precios –fijados por la administración– a los cuales se pagaba el azúcar y otros productos despachados obligatoriamente hacia los sistemas de comercialización del Estado, generalmente no permitían cubrir los costos de producción. Esto condujo a la situación, bien ilógica y económicamente irracional, de crear un déficit para en seguida verse abocado a subvencionarlo.

Por otro lado, si todo debía estar planificado, fue poco el espacio que se le dejó a la iniciativa y a la autonomía locales y populares. Sólo cuando se abrió la página de la creación de las cooperativas sobre las tierras del Estado, se reconocieron finalmente muchos errores negados en el pasado:

hábitos de trabajo negativos, autoritarismo de los funcionarios, verticalidad y centralismos excesivos.

La desgracia consistió en que, aun si las intenciones y el contexto habían cambiado, estas grandes granjas estatales fueron en cierta forma la continuación del legado funesto de la historia colonial, con sus prolongaciones criolla e imperialista: grandes explotaciones sobre cuya orientación no tenían mucho qué decir quienes las trabajaban. Ciertamente, en muchos aspectos se manifestaban cambios profundos analizados anteriormente. Sin embargo, en este contexto, el obrero seguía siendo un ejecutor pasivo, poco motivado, negligente, y los mismos administradores carecían relativamente de iniciativa. Definitivamente, la gran explotación no fue un marco favorable para el desarrollo de la autonomía, de la toma de responsabilidad, de la democracia participativa. Las dificultades que encontraría el proyecto de transformar los obreros y otros trabajadores de las granjas estatales en productores autogestionarios mostró hasta qué punto el sistema anterior era poco participativo⁹.

Toda esta construcción, en gran parte artificial, producto de una proyección ideológica en la que se mezclaba un marxismo de influencia soviética, un “progresismo” técnico y recuerdos del latifundismo, terminaría por aflojarse no por un cuestionamiento interno sino por la caída de los países llamados “socialistas” que subvencionaban el funcionamiento, o más bien las disfuncionalidades, de la economía cubana.

El lugar del campesinado en la economía socialista cubana

Originalmente, como lo hemos visto, el campesinado no ocupaba más que un lugar débil en el mundo rural cubano. Éste era ocupado por el latifundio, trátese de la plantación esclavista o de la estancia de ganadería extensiva. El campesinado se encontraba entonces en una situación marginal, sobre tierras consideradas sin importancia económica por los terratenientes que, de cualquier modo, hostigaban permanentemente a los

⁷ Véase Cruz, Victor, et al. *Algunos aspectos de la mecanización agrícola*. La Habana: Juceplan, 1989.

⁸ En 1981: 61,3 toneladas por hectárea contra 53,8; en 1982: 61 contra 53,9; en 1983: 63,6 contra 56,7. Véase Feuer, Carl Henry. “The Performance of the Cuban Sugar Industry, 1981-1985”. En: *World Development*. No. 1, Vol.15, 1987, p. 73.

⁹ Todo esto, evidentemente, en lo que concierne a la producción agrícola, que no se prestaba para una división del trabajo tan marcada como la producción industrial, y que se distribuyó sobre territorios a menudo muy extensos a trabajadores dedicados a actividades similares y que no ganaban nada con ser ubicados centralmente.

campesinos aunque fuera para recordarles su derecho de propiedad; o bien porque una producción nueva despertaba de repente su interés, como el tabaco o el café, y por consiguiente era posible sacar algún provecho de producciones que, por ser demasiado delicadas, sólo podían ser emprendidas por pequeños productores. Antes de la Revolución, un aparcero del café podía deber hasta el 40% de su producción por tener la desgracia de trabajar en la tierra ajena.

Este campesinado, de ubicación inestable y tenencia precaria, rara vez tuvo la posibilidad de desarrollar los suelos y los paisajes, todo lo que hace de las culturas campesinas tan notables conocedoras y creativas transformadoras y acondicionadoras de su entorno. Esto, en gran parte, había sido imposible en Cuba. En primer lugar, debido a la desaparición de los mejores conocedores del medio, los indios; en seguida por las limitaciones que el latifundio había impuesto a los escasos agricultores; finalmente, por la débil diversidad de la producción, centrada esencialmente en ciertos productos de exportación. Esta situación fue claramente expresada por Arredondo, quien en 1945 escribió en *Cuba, isla indefensa*:

Así se va forjando un campesinado de características muy peculiares. No le interesa mejorar la propiedad, pues las bienhechurías pasarían a poder del dueño de la tierra. No veía ninguna utilidad en la siembra de árboles maderables (...) Tampoco tenía interés en cultivar adecuadamente la tierra. ¿Para qué, si la mayor utilidad la iba a recibir el dueño? El cultivo extensivo, la ausencia de mejoramiento técnico, el empirismo eran factores consustanciales de una agricultura anormal.

De hecho, el personaje característico de los campos cubanos no es el campesino. Tampoco el terrateniente: éste vive en la capital regional o en La Habana, o mejor en Estados Unidos. No; fue originalmente el esclavo y luego, hasta la víspera de la Revolución, el obrero agrícola: en 1959 había en Cuba 3,2 veces más obreros agrícolas que campesinos¹⁰.

La Revolución, que había ido de la mano de un mundo rural que la sostuvo, adoptó una actitud compleja en relación con los campesinos. Por una parte, se observó un cierto respeto por los herederos de las revueltas de vegueros (ulti-

vadores de tabaco) y por su papel en la Revolución, pero se temía su lado individualista, rebelde a todo, incontrolable. De ahí la preocupación por eliminar progresivamente el hábitat disperso. Esta política tuvo como objetivos garantizar un mejor acceso de los campesinos a los servicios sociales y dar a los rurales todas las comodidades urbanas, en un esfuerzo por brindar una igualdad de oportunidades. Pero también permitió ejercer un control más eficaz sobre la que se considera una clase que no ha sido del todo ganada para los ideales de la Revolución. Sin embargo, esta política presentó el inconveniente de alejar a los agricultores de sus parcelas, haciendo que los cuidados de los cultivos fueran menos seguidos y eficaces. La situación se complicó por el hecho de que se incitaba al campesinado a cambios cuya finalidad no era compartida por algunos de sus miembros. Tal es el caso en particular de la incitación a fundirse en cooperativas de producción y del nuevo sistema de comercialización, con sus despachos obligatorios de productos a precios fijados por el Plan. Se ve entonces cómo se desarrolló una desconfianza mutua entre el campesinado y la Revolución.

En el fondo, la Revolución propuso un modelo que no valoraba en su justa medida el dinamismo del campesinado. No concebía su potencial económico ni su capacidad de asimilación del progreso técnico, además de la forma más sutil que la gran explotación. No se da cuenta que el campesinado era depositario de un saber tradicional y consideraba que el progreso sólo podía provenir de las ciencias y de su aplicación mediante la educación y la extensión. En 1975, Fidel Castro subrayó la necesidad de

desarrollar una agricultura cada vez más técnica e intensiva. Ello no puede lograrse sobre la base del minifundio. En éstos no se pueden introducir la aviación agrícola, las combinadas, las grandes máquinas, los sistemas de riego en gran escala susceptibles de mecanización y automatización, ni otras muchas técnicas, que permiten el aprovechamiento máximo del terreno y elevan la productividad por hombre y por hectárea¹¹.

En otra ocasión, afirmó que

debemos ser pacientes. Si hemos soportado (...) los latifundios y los minifundios durante siglos, ¿qué

¹⁰ Véase Valdés Paz, Juan. Ob. cit, p. 114.

¹¹ Informe central al primer congreso del Partido Comunista de Cuba, 17 de diciembre de 1975.

nos importa esperar 10, 15, 20, 30 o 40 años para casos aislados? Si el propietario de una pequeña explotación quiere hacer de ella una pieza de museo, allá él¹².

Se percibe aquí la certidumbre de que la agricultura campesina era un vestigio de una formación social superada, digna de un “museo”, y que la Revolución, si bien podía ser “paciente” con ese modo de producción retardatario, si bien podía tomarse el tiempo de dejarlo desaparecer sin atropellarlo, no estaba menos segura de que debe ser superado por la granja industrial del Estado. En suma, se veía al campesinado como un grupo social que parecía reticente al progreso y continuaba atrasado con respecto a los avances de la técnica y de la historia. Una vez más encontramos la convergencia entre un cierto marxismo y las concepciones de las élites criollas.

La paciencia, no obstante, la conducía a esperar que, poco a poco, se liberaran las tierras por envejecimiento de la población rural o por el éxodo de los jóvenes que, por sus calificaciones, eran destinados a encontrar trabajo en la ciudad o en la agricultura moderna. Sin embargo, detrás de esta paciencia se ejercía una discreta presión para que los campesinos cedieran sus tierras y su fuerza de trabajo a formas cooperativas de producción impulsadas desde la mitad de la década de los años setenta. En 1975, Fidel Castro expresó al

campesinado, que todavía posee 30% de la tierra cultivable, bastante fragmentada y dispersa por todo el país, la necesidad imperiosa que tenía nuestro pueblo de promover formas superiores de producción agrícola, tanto en el orden social como técnico, por las dos vías posibles: la integración a los grandes planes agrícolas de la nación y las cooperativas¹³.

Nació así la idea de las Cooperativas de Producción Agropecuaria, CPA. El movimiento que se creó entonces debía prolongarse “hasta que la

inmensa mayoría de las tierras actualmente en manos de campesinos esté organizada en una forma superior de producción”¹⁴. Las CPA fueron consideradas como formas de transición hacia la forma verdaderamente superior que es la granja estatal. Así, poco a poco, se redujo el sector aislado de campesinos privados que no habían adherido a una CPA. Del 39,9% de las tierras que pertenecían a campesinos independientes en 1963, no quedaba más que un 20% en 1983.

Esta lenta eliminación no es, qué gran ironía de la historia, otra cosa que la prolongación de las antiguas tendencias a la marginalización del campesinado cubano, aunque por motivos bien diferentes. Es causa más del problema, ya mencionado, de la creciente penuria de mano de obra rural en Cuba.

El problema de la producción de víveres

Desde tiempo atrás la producción de víveres fue deficiente. El punto de partida de esta situación residó también en la eliminación de los agricultores primarios y luego en la instalación de una economía de plantación que optó por importar la mayor parte de lo que necesita para la alimentación de sus esclavos. Lo que proveía el ganado (esencialmente desarrollado para la exportación de cueros) y los aparceros no era suficiente. Así, según la “Balanza Comercial de 1852”, citada en la edición de 1960 del ensayo de Humboldt sobre la isla de Cuba, los productos alimenticios representaban el 45% del valor total de las importaciones cubanas¹⁵. Se destacaba la importancia del arroz, las harinas, los cereales, los granos y la carne seca. En consecuencia, a pesar de la importancia de las exportaciones de azúcar, la balanza comercial acusó un déficit de 8,5%. Entre 1849 y 1858, se importaban 230.000 quintales de carne de res, 70.000 de tocino y 255.000 de arroz. El humanista alemán hizo un comentario que aún es aplicable a la situación contemporánea a propósito de la importancia de la importación de alimentos:

¹² Discurso de Fidel en el quinto congreso de la ANAP en 1971. Citado en: Benjamin, et al. *Cuba: Quelles Transformations Sociales?* París: L'Harmattan, 1987. Esta cita es traducida de un original en francés y puede no corresponder literalmente a la formulación original.

¹³ Informe central al primer congreso del Partido Comunista de Cuba, 17-dic-1975.

¹⁴ Discurso de clausura del sexto congreso de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, ANAP, 17 de mayo de 1982.

¹⁵ Estos valores fueron más o menos constantes a lo largo de la primera mitad del siglo XIX: la alimentación representaba el 42% de las importaciones en 1827-1831, 39% en 1837-1840, etc. Véase Zeuche, Max. “Notas retrospectivas sobre la sociedad agraria cubana en los siglos XIX y XX”. En: Burchardt, Hans Jürgen (editor). *La última reforma agraria del siglo: la agricultura cubana entre el cambio y el estancamiento*. Caracas: Nueva Visión, 2000, p. 26.

Esta falta de subsistencias caracteriza una parte de las regiones tropicales, en que la imprudente actividad de los europeos ha invertido el orden de la naturaleza, la cual disminuirá a medida que mejor instruidos los habitantes acerca de sus verdaderos intereses y desanimados por la baratura de los géneros coloniales, variarán sus cultivos y darán un libre impulso a todos los ramos de la economía rural¹⁶.

Un siglo más tarde la situación era idéntica, y Arredondo escribió que la isla debía importar lo que podía producir.

Hemos visto que en un primer momento la Revolución pretendía superar esta situación mediante una diversificación de las producciones de la isla. Pero el retorno al azúcar, así como el tipo de planificación y comercialización adoptados, revertían esta tendencia innovadora. Es así como la productividad agrícola por unidad de área, que progresaba a un ritmo de 3,7% al año entre 1962 y 1965, se redujo a 0,4% entre 1966 y 1970, por falta de atención y de medios de producción. Las áreas dedicadas a la agricultura no azucarera mermaron y en 1970, en plena batalla por los diez millones de toneladas de azúcar, la producción de alimentos alcanzó apenas un 75% de su nivel de 1962¹⁷.

La continuación de la historia está hecha de numerosas vacilaciones sobre el mejor rumbo a seguir. Así, luego de la costosa campaña de los diez millones, el Plan buscó estimular la producción de alimentos. Entre 1971 y 1976, la producción de legumbres y de tubérculos se multiplicó por tres. Luego del sexto congreso de la ANAP, en 1982, se señaló que los pequeños campesinos y las CPA producían el 70% del tabaco, 54% del café, 50% de las legumbres, 18% de la caña de azúcar, y que poseían el 21% del ganado. En 1985, 82% de los frijoles, 66% de las legumbres frescas, 64% del cacao, 54% del café, 53% de las frutas, 34% de las *viandas*¹⁸, 31% de la miel y 16% de los cítricos fueron producidos por los campesinos que detentaban además el 25% del ganado bovino¹⁹. Una parte de este mejoramiento del abastecimiento se debió a que, a partir del

comienzo de los ochenta, hubo un estímulo para que las granjas azucareras estatales, y en general todas las granjas del Estado, produjeran sus propios alimentos. Pero, más aún, lo que transformó profundamente la oferta de productos alimenticios fue el cambio de actitud hacia el campesinado que se vio acompañado de una transformación de la comercialización, aspecto que será abordado más adelante. En el marco de esta recuperación y de sus debilidades, se observaría que la producción de arroz, luego del retroceso sufrido cuando las prioridades estaban puestas en el azúcar, no ocupaba aún, a finales de los ochenta, el lugar que merece: a pesar de haberse duplicado entre 1959 y 1989, cuando alcanzó las 532.000 toneladas, no logró satisfacer sino el 54% de las necesidades, y se debió importar el resto. Otro déficit significativo de la producción alimenticia fue el relacionado con las grasas, esta vez por una razón cultural importante: la preferencia de los cubanos por la manteca de cerdo que hizo que la satisfacción óptima de esta necesidad estuviera en función del desarrollo del ganado porcino.

En todo caso, Cuba no logró salir de su dependencia alimenticia, fuera directa (arroz, frijoles, grasas), o indirecta (debido al hecho de que importa la mayor parte de los alimentos para el ganado). Se trató, sin ninguna duda, de la falla más grande del proyecto cubano, a partir del momento en que se decidió centrar la agricultura en el azúcar. Es así como a finales de la década de los ochenta se estimó que el 55% de las calorías, 52% del conjunto de proteínas y 90% de las grasas eran importadas, situación que no difirió de aquélla de los años cincuenta, cuando las proporciones eran 47% de las calorías, 52% de las proteínas y 90% de los lípidos²⁰. Evidentemente, lo que había cambiado, y conviene no olvidarlo, es la distribución de estos recursos: nadie sufría entonces de hambre en Cuba.

Esto no le restó gravedad a una orientación que debilitó al país al hacerlo dependiente de una eterna monoexportación y lo privó de un elemento esencial de su soberanía: la soberanía alimentaria. Además, obligó al país a dedicar una

¹⁶ Véase Humboldt, Alexander von. *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*. (1827). La Habana: Taller del Archivo Nacional, 1960, p. 254.

¹⁷ Vergara, Francisco. "Vingt Années de Transformations Économiques". En: *Les Temps Modernes*, diciembre 1980.

¹⁸ Término que designa los farináceos tropicales como la malanga, la yuca, el plátano, la batata, etc.

¹⁹ Véase Zeuche, Max. Ob. cit, p. 31, citando a *Granma* del 18 de marzo de 1985.

²⁰ Véase Díaz Vasquez, Julio A. "Consumo y distribución normada de alimentos y otros bienes en Cuba". En: Burchardt, Hans Jürgen. Ob. cit, p. 48.

parte considerable de sus recursos de exportación a importaciones que bien podrían evitarse. Para ciertos productos, esta dependencia había disminuido en porcentaje; es el caso del arroz, cuyas importaciones aumentaron en volumen pero se redujeron en proporción al consumo. Por el contrario, para otros productos como la carne, el maíz o los frijoles, aumentaron los volúmenes y las proporciones. Esta situación era inaceptable al tratarse de productos que Cuba podía perfectamente producir. Se podría aplicar a la situación previa a la crisis de los noventa lo que Arredondo criticaba en 1945 de la situación de su país: "Cuba no [tenía] una agricultura organizada para el consumo interno".

La comercialización de los productos agrícolas

Desde el comienzo de la Revolución, la distribución de los productos agrícolas presentaba problemas. En efecto, el mejoramiento de las condiciones de vida y de los salarios provocó un aumento de la demanda de productos alimenticios y una disminución de la oferta. Esta última se debió a la transformación de las condiciones de vida en el campo: los aparceros ya no debían entregar una parte de su cosecha al propietario y aumentar en consecuencia su autoconsumo, mientras que los obreros de las plantaciones y de las fincas ganaderas tenían mejores ingresos y retuvieron en la fuente una parte de la producción. Sólo faltaban los sabotajes y los primeros efectos del embargo para que se produjera una crisis de subsistencias.

El gobierno revolucionario reaccionó rápidamente, primero mediante un control de precios, luego mediante la nacionalización del comercio mayorista. Hacia mediados de 1961, comenzaron a aparecer las "tiendas del pueblo"; finalmente, en marzo de 1962, se puso progresivamente en marcha un sistema de racionamiento. Éste era considerado como una medida temporal dado que los dirigentes pensaban que las condiciones de la isla, unidas a los principios del socialismo, no tardarían en garantizar la abundancia.

Para asegurar el acceso más equitativo posible a los productos de base, se creó en marzo de 1962 la "Junta Nacional para la Distribución de los Abastecimientos". Se distribuyó entre la población una "libreta de control de abastecimientos", conocida como la Libreta. Ésta garantizaba un abastecimiento mínimo de alimentos a pre-

cios muy económicos²¹ mediante un sistema de racionamiento, manejado localmente por las Tiendas del Pueblo, de despacho obligatorio de los productos alimenticios por parte de los productores y de control centralizado de las importaciones. El acopio de los productos alimenticios fue manejado por la Unión Nacional de Acopio, UNA.

Al lado del sistema de distribución mediante la Libreta, existía un mercado paralelo igualmente administrado por el Estado, donde se encontraban los mismos productos que en las tiendas del pueblo, pero a unos precios bastante más altos y únicamente disponibles en la medida en que hubiera disponibilidad de excedentes una vez satisfechas las necesidades de la distribución racionada.

Ese mercado, pobre en productos y en calidad, no tuvo éxito. Sin embargo, al tiempo que languideció, prosperaron en la sombra toda suerte de mercados clandestinos. Una parte de estos mercados se alimentaban de los robos a los bienes públicos realizados por funcionarios corruptos que tenían acceso a las bodegas de almacenamiento o bien simplemente por empleados de la distribución que rebajaban las raciones de la Libreta y revendían por debajo de la mesa lo que habían podido escamotear. Pero gran parte de estas transacciones, y sin duda la más importante, correspondió a productos alimenticios, ya sea producidos a escala doméstica o sustraídos de las requisiciones del monopolio estatal de distribución.

Estos mercados clandestinos cobraron tanta importancia que se legalizaron, aunque parcialmente, con el objeto de controlarlos mejor. Una ley del 5 de abril de 1980 permitió la creación de los "mercados libres campesinos". Dicha ley previó que los productores, incluidos los delegados de las CPA, pudieran vender allí sus excedentes, una vez satisfechas las cuotas de productos destinados al acopio. Únicamente se excluyeron los productos de exportación (tabaco, cacao, azúcar, café), la carne bovina (para evitar el diezmo del ganado nacional) y los productos lácteos.

No parece que la decisión de crear estos mercados haya sido tomada con mucho entusiasmo. Más bien fue vista como un mal menor, producto de la presión de las circunstancias y del deseo de poder controlar mejor las transacciones que hasta ese momento eran clandestinas. Se esperaba

²¹ La Libreta incluía igualmente productos industriales.

así que bajaran los precios de los productos alimenticios vendidos por fuera de la Libreta, y que la legalización de estos intercambios estimulara una expansión de la producción y una mayor diversidad de la oferta. Igualmente, se esperaba que desapareciera un factor importante de acumulación clandestina de capital. Estas ventas clandestinas presentaban también el inconveniente de que estaban libres de impuestos. No obstante, solía haber contravenciones a las disposiciones que regían el funcionamiento de los mercados libres. Así, muchos fueron los productores que no lograron satisfacer sus contribuciones al acopio porque se las arreglaron para vender preferentemente en los mercados libres, a pesar de que la reglamentación sólo permitía participar en éstos una vez estuvieran cumplidos los despachos a la distribución estatal. Ciertos agricultores privados de caña (que representan un 18% de la producción en 1982²²) desatendieron este cultivo para adaptarse a la demanda y a las mayores rentabilidades de los productos destinados a los mercados libres.

Los precios en el mercado negro alimenticio, debido a los riesgos de la clandestinidad, habían alcanzado altísimos niveles. No obstante, esta carestía se debió más aún al desequilibrio entre la gran cantidad de compradores, dotados de una liquidez importante no empleada (por la falta de productos de consumo a la venta, los particulares disponían de un ahorro significativo) y a la cantidad limitada de los productos propuestos²³.

El problema de los precios, por consiguiente, sólo logró atenuarse parcialmente con la legalización de los mercados agrícolas: la oferta no alcanzó a satisfacer la demanda ya que, a pesar del estímulo dado a los productores y de un notable aumento de la producción²⁴, las limitaciones con que tropezó la libre elección de los cultivos hizo que la oferta en los Mercados Libres Campesinos no bastara para superar las penurias.

La ley prohibía la existencia de intermediarios. Las ventas debían ejecutarse directamente del productor al consumidor. Estos mercados se

desarrollaron bajo un estricto control administrativo y popular. Sin embargo, no faltaron los intermediarios. En 1982, en el curso del congreso de la ANAP, un delegado afirmó que su existencia era indispensable al no disponer los productores ni del tiempo ni de los medios de transporte para realizar las ventas.

Debido a las numerosas disfuncionalidades de los mercados libres, se decidió en mayo de 1986, al más alto nivel, poner fin a este experimento. Se adujeron muchos motivos para justificar esta decisión. Por una parte, los precios no habrían bajado al punto deseado por las autoridades. Por otra, empezaron a manifestarse muchas desigualdades a causa de estos mercados. El acceso equitativo a los productos quedó en entredicho. Se estaba formando en el campo una capa de pequeños productores acomodados, e incluso se mencionaron casos de reaparición de la aparcería: ciertos agricultores podían así aumentar su producción a pesar de la falta de mano de obra y de capital. Finalmente, pese a todos los esfuerzos, no fue posible eliminar a los intermediarios, particularmente especuladores que retenían ciertos productos, ya que éstos eran abundantes en las Tiendas del Pueblo y los mercados paralelos, para ponerlos en venta a precios elevados en los mercados libres apenas escaseaban.

La educación y la investigación científica y técnica

La formidable difusión de la educación en Cuba hizo de ésta un elemento esencial en el panorama agrícola. La mano de obra rural gozó de un nivel de instrucción excepcional. Hacia fines de los años ochenta, el 60% de los trabajadores había completado al menos el primer ciclo de enseñanza secundaria, y el 10% tenía una educación técnica, profesional o universitaria. Veintidós mil graduados de la universidad trabajaban en la agricultura, es decir, uno de cada 35 trabajadores. No obstante, no era claro que este personal, dotado de una formación esencialmente técnica, estuviera en capacidad de realizar una

²² Cifra tomada de: *Latin American Weekly Report*. 28 de mayo de 1982.

²³ Complementos de abastecimiento y productos que no se encontraban en las Tiendas del Pueblo, pero que son indispensables en la tradición culinaria, como la cebolla.

²⁴ En el primer trimestre de 1981, estos mercados representaban 6,5% del total de ventas alimenticias, con un casi-monopolio del ajo y de una fuerte presencia de la carne de cerdo. Se encuentra fácilmente allí queso blanco, maní, gombo, habichuelas, frutas y legumbres, taro, plátano. En 1983, las transacciones en estos mercados representan entre 8% y 10% del valor de la producción agrícola (aparte de la caña de azúcar), de los cuales 9% corresponden al plátano, 83% al ajo, 12% a cebollas y 15% a la malanga. Véase Díaz Vasquez, Julio A. Ob. cit, p. 44, citando al Comité Estatal de Estadísticas de 1984.

gestión eficaz de las granjas donde estaba empleado. Tampoco es claro que haya sabido participar, cuando trabajaba con campesinos, en una síntesis de sus conocimientos con los de los cultivadores; el exceso de confianza científica y la falta de un interés suficiente en los saberes tradicionales se habían constituido en un defecto de la extensión agrícola. Todas estas limitaciones atentaron contra una renta plena de las inversiones realizadas en materia de formación.

La creciente calificación del pueblo cubano se ha conjugado con la creación de numerosos centros de investigación orientados hacia diversos aspectos de las necesidades agrícolas, y ha dado a la investigación nacional una capacidad excepcional de innovación. Cuba, con sólo el 2% de la población latinoamericana, cuenta con el 11% de los investigadores de la región²⁵. Existen institutos de investigación en tabaco, genética, suelos y fertilizantes, alimentación animal, farmacia veterinaria, etc. Se trata de un activo de gran importancia para el futuro del país y de su agricultura.

LA CRISIS DE LOS AÑOS NOVENTA Y LAS PERSPECTIVAS DE TRANSFORMACIÓN

La crisis de 1989-1993

Cuba recibía una ayuda importante de la URSS en términos de sobreprecios por el azúcar, de venta de hidrocarburos a precios favorables, de créditos a intereses bajos, entre otras cosas. Esta ayuda correspondía aproximadamente al 22% del ingreso cubano disponible en el período 1980-1987²⁶. El golpe dado a la economía cubana por la desaparición de esta ayuda fue, por consiguiente, enorme. Entre 1989 y 1993, el PIB cayó en un 34%²⁷. La capacidad de exportación resultó particularmente afectada: mientras que el 7% de los intercambios se realizaba con la URSS, se tuvieron que redefinir las relaciones con dicho país y buscar nuevos socios, en el contexto del embargo de Estados Unidos. En el transcurso de este proceso, las exportaciones cubanas se desplomaron (-72% entre 1989 y 1994),

lo que redujo las importaciones (-65% en el mismo período).

Los efectos de este cambio se sintieron especialmente en la agricultura, que sufrió una caída de la producción del orden del 50%. Las deficiencias mencionadas anteriormente se hicieron sentir en toda su intensidad. Por ejemplo, el hecho de que los insumos en su gran mayoría no fueran producidos en Cuba y que faltaran los recursos para importarlos tuvo hondas repercusiones en los resultados de la actividad agrícola. El uso de fertilizantes y de pesticidas cayó en un 65% entre 1990 y 1994, lo que provocó una reducción de los rendimientos. Mientras que en 1989 el país importaba US\$158 millones en fertilizantes, y US\$81 millones en pesticidas, en 1994 estos valores cayeron respectivamente a US\$43 y US\$45 millones²⁸. Al mismo tiempo, la disponibilidad de carburantes para la agricultura disminuyó en 50% lo que, en el marco de una producción altamente mecanizada, afectó la capacidad de trabajo del suelo, en detrimento de los rendimientos pero también de las áreas labradas, así como de la capacidad para transportar las materias primas y los productos.

Desconcertada y mal alimentada, la productividad de la mano de obra se vio afectada. El sector que mostró la mejor capacidad de resistencia fue, evidentemente, el sector campesino. Menos dotados desde siempre de máquinas y de insumos, seguidores de ciertas tradiciones ahorrativas en medios aunque no menos eficaces, los campesinos hicieron frente a la crisis con mayor facilidad.

En estas condiciones, bajó el nivel de todas las producciones. Así, el azúcar pasó de 8.121.000 toneladas (1989²⁹) a 7.030.000 toneladas en 1992 y 3.300.000 toneladas en 1995, esto es, una caída del 59%. Luego remontó a 4.460.000 toneladas en 1996. Según la FAO, el índice de la producción, sobre la base 100 para el promedio 1979-1981, subió a 103,4 en 1989 para llegar a 66,6 en 1994. Si se elige para cada producto su peor año entre 1992 y 1995, se observaron las siguientes evoluciones: en-

²⁵ Véase Rosset, Peter M. "A successful case study: making Cuba's agriculture sustainable". En: GATE. No. 4, octubre-diciembre, 1999.

²⁶ Véase Marshall, Jeffry H. "The Political Viability of Free Market Experimentation in Cuba: Evidence from Los Mercados Agropecuarios". En: *World Development*. No. 2, Vol. 26, 1998.

²⁷ Anuario Estadístico de Cuba. La Habana: Oficina Nacional de Estadísticas, 1996, p. 87

²⁸ CEPAL. *La economía cubana. Reformas estructurales y desempeño en los noventa*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 280.

²⁹ Para el azúcar, 1989 se entiende como zafra de 1988-1989, etc.

tre 1989 y 1994, la producción de cítricos pasó de 1.015.800 toneladas a 505.000 toneladas (-50%); la de arroz pasó de 532.000 toneladas a 177.000 toneladas (-67% para 1993), y la de tabaco de 42.000 toneladas a 12.600 (1993, -70%)³⁰.

La fuerte reducción de las posibilidades de acceso a los piensos conllevó una caída pronunciada de la producción animal. Así, la producción de leche que alcanzaba las 920.000 toneladas en 1989 bajó a unos 450 millones de litros en 1998. La de huevos cayó de 2.672.600.000 unidades (1989) a 1.414.900.000 (en 1995, -47%). La carne bovina disminuyó de 275.000 toneladas en 1990 a un mínimo de 125.000 toneladas en 1994, y se situó en 140.000 toneladas en 1997. La carne de pollo, de 140.000 toneladas en 1990, bajó a un mínimo de 50.000 toneladas en 1992 y se ubicó en 60.000 toneladas en 1997. La carne de cerdo, de 125.000 toneladas en 1990, cayó a un mínimo de 60.000 toneladas en 1992 y luego se recuperó para llegar a 90.000 toneladas en 1997³¹.

La caída de la producción y de la capacidad de importación condujo naturalmente a una fuerte baja en la disponibilidad de productos alimenticios. Una de las consecuencias de esto fue la reducción de lo que la Libreta estaba en capacidad de ofrecer a los más necesitados, dada la voluntad del Estado de hacer frente a una crisis que es también, en lo que le concierne, una crisis presupuestal. Parecería que la Libreta tenía poco a poco a satisfacer sólo una parte, cada vez más reducida, de las necesidades de consumo porque el Estado carecía de los medios para seguir subvencionando en las mismas proporciones las necesidades de los más pobres. Como resultado de esta tendencia, hoy día la libreta satisface alrededor de la mitad de las necesidades.

En un primer momento, los cubanos se vieron abocados a completar su abastecimiento en los mercados paralelos, mediante intercambios informales entre vecinos, y en el mercado negro. Esta pérdida de importancia de la Libreta en el consumo constituyó un claro retroceso en lo que concierne a la igualdad entre cubanos: quienes tenían acceso directo a productores dispuestos a venderles clandestinamente, quienes tenían ahorros, quienes accedían a divisas, quienes tenían mejores ingresos, todos ellos podían completar

su ración alimenticia; los otros, la mayoría, descubrieron el hambre. En promedio –y los promedios pierden sentido cuando renace la desigualdad–, los cubanos sólo disponían, en el peor momento de la crisis, de 150 kilos de cereales por habitante por año (contra 290 en 1989), el consumo de proteínas bajó en un 60%, el de materias grasas en un 63% y las calorías disponibles cayeron de 2.869 a 1.863³².

La recuperación

Luego de una crisis de esta magnitud, no es de asombrarse que la recuperación fuera lenta. Aun más teniendo en cuenta que ciertos prejuicios ideológicos parecían profundamente arraigados, tales como las concepciones del progreso técnico, del mercado, del campesinado. En 1999, el PIB no había llegado aún sino al 80% de su nivel de 1989. Observaremos brevemente algunos aspectos esenciales de este proceso.

Las reformas a la propiedad y a las relaciones entre el Estado y los productores agrícolas

Hemos visto qué dificultades encontraba el gigantismo y la gestión centralizada de las granjas. Frente a la crisis nacida del hundimiento del bloque “socialista”, y para poner de nuevo la agricultura en pie, el poder reconoció que el modelo de grandes granjas estatales había sido un fracaso: los equipos se habían hecho obsoletos aun antes de ser rentables, los costos de explotación eran muy altos, entre otras cosas. El buró político del Partido Comunista Cubano, PCC, decidió en septiembre de 1993 redimensionar las empresas agrícolas. Si es cierto que esta reforma se facilitó por el hecho de que no había terratenientes que expropiar, no es menos cierto que el dogma de la granja del Estado como “forma superior de producción” estaba sólidamente arraigado y que existían obstáculos ideológicos y burocráticos que había que superar. Las CPA, de las que se decía que debían terminar por unirse al “modelo” que encarnaban granjas estatales, se convirtieron a su vez en el modelo sobre el que se concibe la reforma, en vista de sus mejores resultados.

Es importante destacar aquí que el proceso de reflexión crítica y la decisión de poner fin a las granjas estatales no provino del pueblo cubano o de los trabajadores de dichas granjas. Fue

³⁰ Véase Pérez Villanueva, Omar E. “La reestructuración de la economía cubana. El proceso en la agricultura”. En: Burchardt, Hans Jürgen. Ob. cit, p. 100.

³¹ Las cifras citadas aquí son órdenes de magnitud, de acuerdo con los gráficos tomados de Pérez Villanueva. En: Idem.

³² Véase Díaz Vásquez, Julio A. Ob. cit, pp. 46-47.

una decisión central tomada con el fin de tratar de hacer frente a la crisis alimenticia al fracaso del modelo de agricultura estatal y a uno de los principales causantes del déficit del presupuesto nacional.

Es así como se crearon las Unidades Básicas de Producción Cooperativa, UBPC, en septiembre de 1993. Las tierras siguieron perteneciendo al Estado, pero las UBPC podían arrendarlas de forma gratuita y a perpetuidad. Eran propietarias de sus productos pero, como antes en el caso de las granjas estatales, debían satisfacer una cuota de producción negociada con el Estado. Los precios de los productos entregados en el marco de estas cuotas eran relativamente bajos y poco estimulantes para los productores, aun cuando el hecho de superar la cuota daba lugar a una bonificación.

La creación de las UBPC se hizo a un ritmo veloz. Entre septiembre y diciembre de 1993, justo antes de comenzar la zafra 1993-1994, se crearon 1.576 UBPC especializadas en caña de azúcar, con 146.524 miembros, en el 87% de las tierras que otrora pertenecían al Estado, con la esperanza de mejorar, desde esta cosecha, los resultados del sector azucarero. En febrero de 1995, se contaron igualmente 1.440 UBPC no azucareras con 126.723 trabajadores. Las áreas cubiertas por esta nueva forma de producción fueron entonces las siguientes: 80% de la caña de azúcar, 33% de las viandas, 13% de las hortalizas, 24% del café y 8% del tabaco; las UBPC disponen además del 46% de la capacidad de producción de leche³³.

Uno de los principales objetivos con la creación de las UBPC era cambiar el estilo de gestión de las antiguas granjas estatales. El primer gran cambio consistió en un tamaño mucho más modesto para las nuevas unidades de producción. El promedio de 1.247 hectáreas en caña contrasta netamente con las 13.110 hectáreas de las antiguas granjas estatales azucareras. Igualmente, en lo que concierne el ganado, se pasó de empresas de 24.865 hectáreas a explotaciones de 1.539 hectáreas³⁴. Se trata, por consiguiente, de unidades de producción mucho más fáciles de conocer, de administrar y de controlar que las anteriores.

Se supone que las UBPC debían gozar de una

autonomía de gestión dentro de la cual se debía alcanzar el equilibrio financiero lo más rápido posible. Se previó que el Estado redefiniera sus relaciones con el sector cooperativo, haciéndolas menos directivas. Esta autonomía, sin embargo, se vio seriamente limitada por la obligación que tienen las UBPC de satisfacer los compromisos que debían asumir con la planificación central. Hemos visto que estas unidades debían cultivar ciertos productos y despachar al acopio cuotas de producción fijadas en sus contratos con el Plan. Así, las UBPC vivían una contradicción permanente: se supone que podían establecer la estructura de su producción, pero bajo las restricciones de las "necesidades" determinadas por el Estado. Esta contradicción se ampliaría con la reapertura de los mercados agropecuarios, ya que los ingresos obtenidos con éstos podían ser 20, 40 y hasta 70 veces más altos que al venderle al Estado. El estímulo del mercado era tan fuerte que el acopio sólo podía funcionar a costa de controles administrativos, reglamentarios y disciplinarios muy fuertes.

En todo caso, el sistema de cuotas que prevalece en el momento en que el poder creó las UBPC desalentó la producción y llevó a estas cooperativas a asignar proporcionalmente menos recursos a dichos cultivos, lo que deterioró los rendimientos³⁵. Este fenómeno adquirió toda su amplitud cuando estas unidades de producción empezaron a vender sus productos en los mercados libres, luego de la reapertura de éstos unos meses después de la creación de las UBPC.

Por lo demás, esta autonomía de gestión, aunque bastante parcial, no fue siempre fácil de asumir tanto por parte del antiguo personal de dirección que provenía de las viejas estructuras de las granjas estatales, como de los trabajadores convertidos en cooperativistas por decreto. A los antiguos dirigentes les costaba abandonar su estilo vertical y autoritario. Su formación técnica, a menudo excelente, no los preparaba para ser buenos administradores. A los antiguos obreros agrícolas les costaba superar una actitud pasiva y tomar iniciativas en relación con la gestión y el funcionamiento de la unidad de producción. Más allá de su estatuto único, la realidad sociológica de las UBPC fue muy diversa: desde aquellas que siguieron siendo relativamente burocráticas

³³ Véase Figuereo Albelo, Víctor M. Ob. cit, p. 160.

³⁴ Ídem, pp. 158,159.

³⁵ Parecería más eficaz y lógico dejar que el mercado se encargara de fijar los precios; sustituir este impuesto tácito en especie (el acopio a precios administrados) por un impuesto sobre los resultados de explotación y subsidiar directamente los productos distribuidos por la Libreta.

dirigidas por los ex administradores de las granjas estatales, ahora “empleados” de las UBPC, hasta casos que fueron verdaderos colectivos de trabajadores que eligen democráticamente sus cuadros administrativos y técnicos.

El estilo de trabajo de los cooperados también debía cambiar. No se trató ya de aportar trabajo sin preocuparse por saber qué resultados se obtenían. Uno de los objetivos asignados a las UBPC fue vincular el trabajador a la tierra de forma que se estimulara su interés por su trabajo, y responsabilizarlo por la producción obtenida. Antes, el obrero era polivalente; se le enviaba a frentes de trabajo tan diversos que la labor de un día podía perfectamente no tener relación alguna con la de la víspera. El trabajador no veía ni el resultado de sus esfuerzos ni las consecuencias de sus errores. No tenía el placer, ni tampoco la responsabilidad, del resultado final de una parcela o de una producción. Una vez convertido en cooperativista vinculado a la tierra, en una explotación de un tamaño más humano, y miembro de un equipo de trabajo más pequeño, fue igualmente responsable del conjunto de las fases de trabajo de una parcela o de un producto determinado, y sería remunerado en función de sus resultados³⁶.

Uno de los objetivos que se les asignó a las UBPC fue llegar a estar en equilibrio económico. No será siempre fácil, dado el legado que recibieron. A finales de 1994, sólo el 9% de las UBPC logran ser rentables. Sin embargo, la situación mejoró progresivamente, y los subsidios otorgados por el Estado para asumir las pérdidas de las empresas agrícolas bajaron de un máximo de 1.800 millones de pesos a 718 millones en 1997³⁷.

La reapertura de los mercados agropecuarios permitió que la situación mejorara rápidamente. Esto llevó a que las UBPC se orientaran hacia la producción de productos de alimentación corriente. Más tarde, serían autorizadas también a vender en dólares al sector turístico. Además, para evitar que toda la producción se dirigiera

hacia este mercado, se planeó dar bonificaciones en dólares a los productores cuyos cultivos sustituyeran importaciones³⁸.

Otro aspecto de la política llevada a cabo fue el intento de lanzar un movimiento de repoblamiento de las regiones que el éxodo rural había dejado deshabitadas. Se esperaba un éxodo urbano de personas de origen rural. En efecto, muchas personas habían abandonado el campo debido a la falta de garantías en relación con el porvenir de la condición campesina y a la mala calidad de los servicios públicos en regiones aisladas. La nueva política pretendía revertir todos estos factores. Así se forjó el Plan Turquino, iniciado algunos años antes y especialmente orientado al retorno a zonas montañosas. Este plan se propuso igualmente dar un nuevo impulso a las producciones de café y cacao, así como a los cultivos de víveres, y hacer de las montañas unas zonas cuyo poblamiento contribuiría a una resistencia armada en caso de una invasión al país.

Esta profusión de iniciativas dio libre curso a una creatividad neo-campesina hecha posible desde que se arraigó la idea de “vincular el hombre al área”. Este vínculo se reforzó de forma general en el país mediante la política de repartir en usufructo gratuito parcelas de media hectárea (área que será reducida luego a un cuarto de hectárea) para productos de autoconsumo, y con el desarrollo de la agricultura urbana (los “organopónicos”).

Entre otros aspectos de las políticas instauradas, se manifestó el objetivo de asociar capitales extranjeros a proyectos agrícolas en la producción de tabaco, cítricos, soya, frijoles flores, entre otros.

La reapertura de los mercados agropecuarios

En un primer momento, las reformas sólo tocaban la producción, sin lograr efectos inmediatos, mientras que los problemas eran cotidianos y agudos. Se necesitó la crisis desencadenada por los incidentes de agosto de 1994 en el Malecón

³⁶ Nos parece (y volveremos luego sobre esto) que el proceso emprendido debería seguirse en dos direcciones, según las características de las producciones y de los trabajadores: por una parte, hacia unas verdaderas cooperativas; por otra, hacia explotaciones familiares, preferiblemente asociadas en cooperativas de servicios y grupos de ayuda mutua.

³⁷ Aún queda por saber si el problema no sería desplazado hacia el sistema bancario, bajo la forma de cartera morosa. Véase Pérez Villanueva, Omar E. Ob. cit.

³⁸ La importancia de los dólares, cuyo análisis está por fuera del marco de esta exposición, se debe a la posibilidad de comprar medios de producción pagables en divisas, o de repartir primas en dólares a los trabajadores que pueden así acceder a ciertos bienes de consumo que sólo pueden adquirirse en tiendas de recuperación de divisas (“diplotiendas”), donde los productos se venden en dólares.

de La Habana para que se adoptaran nuevas opciones. El 17 de septiembre, frente a la crisis de subsistencias, se decidió abrir de nuevo los mercados campesinos, esta vez con el nombre de "Mercados Agropecuarios" (comúnmente llamados agros). Desde el año siguiente, estos mercados representaban entre el 25 y el 30% de las ventas de alimentos. Y se trataba en su mayoría de productos ofrecidos por el sector campesino, cuya producción aumentó en 79% entre 1992 y 1998. Se observaba una señal de flexibilidad y de adaptación a las circunstancias en el hecho de que, esta vez, se autorizan los intermediarios.

Los agros dinamizaron la producción alimenticia, al tiempo que proporcionaron un complemento importante a lo que ofrece la Libreta. Así, la producción de legumbres frescas, de frijol, de frutas y plátano, tuvo un especial auge.

Como en el caso de los Mercados Libres Campesinos, ciertos productos no pudieron ser objeto de transacciones, lo que mantiene entonces un mercado negro. Por lo demás, los precios de los productos ofrecidos en los agros eran bastante altos y, por tanto, prohibitivos para los más pobres, mientras que el papel de la Libreta se reducía. Más que nunca, se presentó el problema de la desigualdad de acceso a las subsistencias.

Oportunidades promisorias para la agricultura cubana

Por ciertos aspectos, parecería que existía, en vista de los mejores resultados de los pequeños productores privados, una voluntad de "recampesinizar" los campos. Se escuchaban palabras hasta ahora nunca oídas en Cuba, como aquéllas de un afamado especialista en problemas cooperativos cuando afirmó que los "objetivos de la parcelación individual representan una ampliación y una extensión del modelo campesino, a tono con el nivel de desarrollo real del país"³⁹. Hay que tener en cuenta el hecho de que este tipo de evolución era necesariamente lento, puesto que los campesinos no se improvisaban, y la dureza del trabajo en el campo amenazaba con provocar abandonos entre los candidatos al éxodo urbano. Se debe subrayar que este repoblamiento del campo, si tenía éxito aunque fuera sólo parcial, contribuiría a resolver el problema de escasez de mano de obra rural.

Quizás era un sueño imaginar que esta tendencia podía extenderse más allá de las zonas montañosas o de las regiones despobladas. Pero creemos que sería bueno para Cuba que una parte significativa de las granjas –aún muy grandes– fuera repartida en explotaciones familiares o en agrupaciones cooperativas de dos o tres familias. Esto implica tener cuidado al elegir a las personas que demuestren estar en capacidad y tener la voluntad de trabajar juntas, o que prueben aptitudes para convertirse en pequeños agricultores independientes. Sería una transformación mediante la cual Cuba reforzaría la ruptura con el lastre del pasado representado en explotaciones agrícolas de talla inhumana. Se mejoraría así el abastecimiento, y se acercaría el día en que Cuba pudiera ser autosuficiente. Y daría una enorme base popular al socialismo, al tiempo que haría totalmente imposible esa vuelta atrás con la que sueñan Bacardí, sus hermanos y sus aliados del norte y de otras latitudes.

Esta población neo-rural sería también un activo si Cuba eligiera posicionarse en el mercado de los productos biológicos, en plena expansión. En efecto, la isla goza de la excepcional combinación de una mano de obra rural calificada, años de abstinencia involuntaria de insumos agroquímicos en numerosas regiones, así como la difusión (y a menudo incluso la elaboración en Cuba⁴⁰) de novedades técnicas en agricultura biológica. En suma, existiría un conjunto de circunstancias que le permitirían al país obtener más fácilmente la certificación de conformidad con las normas de la agricultura orgánica, y hacerse a una reputación en este mercado. Parece que, por el momento, estas posibilidades no son aprovechadas sino marginalmente, esencialmente por necesidad, es decir, más por falta de insumos agroquímicos que por convicción.

En muchos otros terrenos existe la posibilidad de que Cuba explore caminos originales de progreso agrícola. Sea en las regiones de sabana o en zonas de reforestación, el desarrollo del ganado caprino y ovino constituiría una importante fuente complementaria de proteínas animales. Es urgente un programa de oleaginosas que permitiera a la vez resolver una parte del déficit de lípidos y el de ciertos componentes de los ali-

³⁹ Véase Figuereo Albelo, Víctor M. Ob. cit.

⁴⁰ En su rica red de centros de investigación, Cuba, desde mucho antes de la crisis de los noventa, ha comenzado a interesarse en el desarrollo de técnicas de control biológico: ha creado unidades de producción de fertilizantes orgánicos así como de otras técnicas originales que hacen del país un exportador de técnicas agrícolas en América Latina.

mentos para el ganado. Investigaciones tanto gastronómicas como dietéticas podrían quizás contribuir a remplazar el pan blanco, poco nutritivo, por preparaciones a base de maíz, yuca, plátano o de otros alimentos producibles en Cuba.

LIMITACIONES, RETICENCIAS Y PELIGROS

Ahora, si bien es cierto que se siente en Cuba una profusión de ideas nuevas, también a veces surge la pregunta acerca de hasta dónde llegarán la innovación y la audacia. En el campo de la producción biológica, se siente en ocasiones que éstas son vistas no como una promesa de futuro o un nuevo modelo de desarrollo rural, sino como improvisaciones, “regresiones tecnológicas”, como afirma Santiago Rodríguez, debidas a circunstancias infortunadas de la historia.

Esto nos lleva de nuevo a la concepción misma del progreso. La inercia de las estructuras mentales es muy fuerte en este campo. Las formaciones científicas adquiridas en los antiguos países “socialistas” siguen pesando. Se asocian a la vergüenza del pasado y a una cierta falta de confianza en el pueblo que impregna la mentalidad de muchos miembros de las nuevas “élites”.

Esto surge de la desconfianza hacia los campesinos que no creemos aún superada: la “recampesinización” es más una concesión a las circunstancias que una convicción profunda sobre la validez de una agricultura más humana, más económica en medios y más preocupada de la inocuidad de sus productos y de sus relaciones con el medio ambiente. El tamaño todavía excesivo de las nuevas explotaciones nacidas de las reformas de 1993 nos remite a cierta nostalgia por una “forma superior de producción”.

La autonomía de gestión que, según se afirma, es un factor tan importante en la transformación de las granjas estatales en UBPC, es todavía muy insuficiente: los controles administrativos son asfixiantes, la iniciativa está maniatada, el Plan es demasiado directivo; en consecuencia, los trabajadores no se han convertido aún en actores plenos de una democracia popular, y los cuadros todavía conservan rasgos de los burócratas que no han de-

jado realmente de ser. Las cuotas de producción para despachar al acopio son demasiado altas, o los precios por dichos despachos muy bajos, lo que limita el progreso de las UBPC y de los demás productores⁴¹, mientras que la agricultura, a pesar de sus avances, está lejos aún de haber recuperado su nivel anterior a la crisis. Se necesitaba sin duda más espacio para el mercado, sabiendo controlarlo, evitando la especulación o que unas caídas excesivas en los precios desestimulen la producción. Por lo demás, es indispensable mantener mecanismos incitadores para producciones consideradas estratégicas, de modo que el mercado no se convierta tampoco en el único determinante de la producción sin tener en cuenta el interés social.

Una asombrosa continuidad merece ser mencionada aquí: el mercado interno siempre ha aparecido como algo secundario en la estructuración de la producción cubana, esencialmente determinada por el mercado mundial. En otras épocas, ni los esclavos ni los obreros tenían la ocasión de expresar sus necesidades mediante su demanda. Hoy, el Plan tiene más peso que la demanda, aunque fuerte, de productos alimenticios cuya expresión se ve parcialmente ahogada por las trabas impuestas al mercado⁴².

De una forma más general, el ciudadano no participa suficientemente en la definición de los problemas ni en la elaboración de las soluciones. Nada es más característico en este sentido que la decisión de constitución de las UBPC. Adoptada desde arriba en función de la urgencia que había por aliviar los déficit públicos, no supo definir la forma de producción más adecuada para tomar el lugar de las granjas estatales, ni tampoco supo o quiso dar un grado satisfactorio de autonomía de decisión y de gestión a los trabajadores. Así, las excesivas limitaciones a los mecanismos del mercado que inducen penurias alimenticias no se ven suficientemente compensadas por una expresión de las necesidades populares por medio de la elaboración democrática de un plan. Y si bien es cierto que los excedentes eran otrora confiscados por una

⁴¹ Esto no quiere decir que se debería suprimir el acopio. Es muy importante para suministrar una parte de las raciones de la Libreta y como expresión, a la vez simbólica y real, de la solidaridad entre los cubanos, en tanto elemento constitutivo de una ética socialista.

⁴² Insistimos una última vez en el hecho de que no proponemos eliminar lo que tiene de indispensable la planificación, en la medida en que, democráticamente elaborada, logre orientar una parte de la producción en función de las necesidades sociales. No pensamos tampoco que la demanda, tal como se expresa en los mercados, pueda remplazar esta forma de determinación de las necesidades, en la medida en que sólo expresa la demanda *solvente*, aquella que está armada de poder de compra, y no toda la expresión de necesidades por satisfacer.

minoría, su uso actual, aunque sea puesto al servicio del país, no ha estado siempre orientado de la forma más adecuada.

Se observará también que, a pesar de todas las redefiniciones hechas desde 1993, el azúcar y la orientación agroexportadora conservan su preeminencia: en 1998, los cañaduzales ocupan aún el 48,7% de las tierras cultivadas y, de manera general, los productos de exportación cubren alrededor del 54% de las tierras. Si bien es evidente que el azúcar debe seguir acompañando durante mucho tiempo la historia cubana, no se siente una voluntad para que esta continuidad se vea acompañada de un proceso simultáneo de lenta ruptura con el peso dominante de una materia prima sobre la nación, situación bien típica de un Tercer Mundo aún dependiente.

Uno de los aspectos inquietantes de las actuales evoluciones es el ahondamiento de las diferenciaciones sociales en el país. Se manifiestan tanto en los pequeños productores, en particular

de los campesinos, como en la ciudad, donde las diferencias en la capacidad de consumo seacentúan y se manifiestan especialmente en los "agros". Otro es la creciente presencia de una ideología y de una práctica muy empresariales, que sólo conciben la economía en términos de rentabilidad y de adaptación de Cuba a las exigencias del mercado mundial. El aumento del poder de los tecnócratas de la exportación exitosa constituye un riesgo para las opciones del socialismo cubano, riesgo que coincide con el de las diferenciaciones sociales.

¿Habrá "campañas de rectificación" frente a estas derivas? Si tienen lugar, los dirigentes cubanos habrán demostrado una gran aptitud para diagnosticar los errores y corregirlos. No obstante, estos diagnósticos y estas correcciones se harían mucho más rápidas, mejores y más eficaces si una auténtica participación popular diera voz a todos para seguir obrando por una sociedad más justa y más independiente que las que se suelen ver en el trópico.